

El duque estalló, fuera de sí:

— ¿No comprendes que debo tener serias razones para inquietarme de ese modo, majadero?

— La verdad, al menos que se encuentren en ella los billetes de banco que constituyen nuestro haber...

— ¡Si no fuera más que eso!

— ¿Le parece poco? ¡Demonio! ¿Íbamos á trabajar de balde?

— En este momento, Pietri, declaró gravemente el duque, daría á gusto todo ese dinero para volver á tener el papel que está en el compartimiento interior de mi cartera.

— ¿Tan importante es?

— ¡Es nuestra vida ó nuestra muerte!... En una palabra, es la orden del duque de Cumberland encargando que tomemos medidas para guiar á las tropas austriacas por el sendero de Antoin... ¡En ella están escritos nuestros nombres con todas sus letras!

Á medida que su amo hablaba, el rostro de Pietri Pertuso iba perdiendo sus ricos colores y acababa por adquirir un tinte térreo. Ese era su modo de palidecer. Hubo un momento de penoso silencio. El confidente fué como atacado de mutismo al saber qué amenaza se cernía sobre sus cabezas.

— ¡Mira!.. dijo Jarnac: ¡Puede que se muera, el povero!

— No hay peligro, mi noble amigo... repuso su compadre. Si tuviera sangre buena como tú, sería cosa hecha... ¡Como es un bilioso, tendrá ictericia!..

Á Pietri le volvió la voz, vibrante, impertinente, pérfida. ¡Ahora ya no temía que le oyesen!

— ¡Ya decía yo que esa mujer nos acarrearía alguna desgracia! silbó, irguiéndose ante su amo como una serpiente á la que hubiesen pisado la cola. ¡Pero para usted!.. ¡Usted será el único responsable de su estupidez!.. ¡Ahora ya puedo huir... pues dejo tras de mí con qué satisfacer mi odio!... ¡Adiós, irresistible duque de pacotilla!..

— ¡Ah! Eso... gruñó el duque.

— ¡Silencio! ¡Me ha llegado á mí el turno de hablar, y me ha de oír usted todo!.. ¡Adiós, semidisfrazado de caballero seductor!.. Cual el asno cargado de reliquias, del fabulista que le he citado hace poco, se creía usted, en su exagerada vanidad, la sagrada arca de las adoraciones femeninas... ¡Ah! ¡*Corpo di Bacco!* ¡nadie es más odiosamente estúpido! ¡Puesto que se ha hecho usted juguete de una aventurerilla cuyo inocente candor le llevará derecho al patíbulo!.. ¡Adiós!..

Y, sin aguardar la explosión de la legítima indignación de su amo, que se disponía á saltar contra él, lanzóse á la sala de guardias y, de ahí, á la salida.

Esta escena, que ambos esgrimidores habían presenciado sin estar invitados, no dejó de agradarles bastante. Pero, para gozar completamente del fin del espectáculo, cuyas agradables sorpresas preveían, necesitaban á los dos cómplices, porque la ausencia de uno de ellos hubiera hecho perder parte de su valor al cuadro. Lo cual indujo al Tolosano á decir:

— ¡El mozo cree haber puesto fuego en la mina, y se retira!

— ¡Sigámosle! aconsejó el dulce Chaminade, saliendo deliberadamente de su escondite.

— ¿Y el duque de cartón?

— Nos da la espalda... Ven.

Efectivamente, ambos pudieron franquear la puerta sin llamar la atención de Gonzalvo, cuya exasperación era tal que no pensaba en castigar á su impertinente hermano de leche. Si el rey llegaba á saber la verdad, ora por Ouvalia, ora por Pietri, convenía cargar á este último todo el peso de la traición y darle el papel de espía. De este modo, como la supuesta conducta de Gonzalvo en el desfiladero de Antoin hablaba en favor suyo, había probabilidades de salir de esa acusación más fuerte y más poderoso que nunca, pues el miserable Pertuso pasaría por el hombre funesto de Fontenoy. Esa combinación, impuesta por las circunstancias, adolecía, tenía el inconveniente de poder hacer rehabilitar la memoria del conde de Lespare; pero era un inconveniente necesario para perder á Pietri, cuya amistad, sublevada constantemente, era mil veces más peligrosa que la enemistad más declarada.

— ¡Ah! Pertuso, se decía, yendo á coger la capa, pues se hacía tarde y los salones empezaban á vaciarse: ¡tienes en las venas la sangre de Genaro, tu padre!... ¡eres tan cobarde y astuto como él!

Aquella noche, en honor de la fiesta que dió el rey, no había habido la acostumbrada recepción en la casa de Trompette, y el italiano, después de dar vacaciones á todo el personal, había cerrado la puerta.

Por eso, al entrar en su casa, que sabía encontraría desierta, Gonzalvo tuvo un segundo de asombro al observar que la puerta no estaba cerrada. Sin embargo, echó el cerrojo y fué á acostarse, sin extremar más sus investigaciones, pues se torturaba la cabeza, pensando:

— ¡Si siquiera pudiese recuperar mi cartera y la maldita carta! Lo que es ahora, juro que, en cuanto vuelva á entrar en posesión de ella, suprimo hasta sus menores vestigios.

El sueño puso término á sus angustiosas reflexiones y soñó que Ouvalia, princesa todavía, lejos de traicionarle, le ayudaba á desembarazarse de su padre, el príncipe, para ofrecerle el trono...

Sin embargo, tenemos que explicar por qué el duque Gonzalvo de Torino había encontrado abierta la puerta de la casa de Trompette. Así que hubo franqueado el pórtico del Louvre, conociendo la naturaleza vengativa de su amo, y pensando que podría seguirle para hacerle pagar su algarada, Pietri Pertuso tomó la derecha de la calle de Saint-Honoré, y caminó con rápido paso hacia la de Quincampoix. Ese era el camino más corto. No pensaba volver al domicilio de su hermano de leche; pero, ya que había decidido huir y separar su suerte de la del duque, no quería hacerlo sin robar antes todo el oro líquido y los objetos preciosos que había en la casa de Trompette. Lógicamente, establecía que tenía incontestable derecho á la propiedad de todo aquello, pues él entró por mucho en la fortuna de Gonzalvo. Se volvió varias

veces. Le parecía oír tras sí como un doble eco de su propia marcha. Pero, cada vez que se paraba, cesaba en seguida el ruido con regularidad matemática, y por más que sus ojos escrutaban en la obscuridad de la noche, no podían ver nada sospechoso. Cansado, y persuadido de que su propio estado de nervosismo le hacía oír ruidos que no existían, penetró resueltamente en la calle de Quincampoix y colocó la llave en la cerradura de la puerta, que se hallaba bajo el gran farol apagado de la casa de Trompette. Á la segunda vuelta de llave, abrióse esa puerta, y el italiano franqueó su umbral. Pero, cuando se movía para cerrarla, observó, no sin emoción, que ésta había recobrado ya su posición primitiva, sin que él hubiera hecho nada para ello. En las profundas tinieblas en que se hallaba, parecióle oír otras respiraciones á más de la suya... Entonces, invadiéndole el terror, sacó su eslabón, estremeciéndose, para encender la luz de la entrada. Una vez dada luz, pudo convencerse de que sus temores eran inferiores á la realidad.

Dos hombres habían entrado tras él, uno alto y otro pequeño: sus irreconciliables enemigos. El italiano les dirigió una mirada cautelosa, y deslizó la mano bajo su jubón para coger el puñal. Pero cada uno de los contrarios tenía una pistola en la mano. Era preferible la parada al ataque. ¡Nada se podía hacer!.. Pietri no podía salir de apuros sino acudiendo á otros recursos... Adoptó aire ofendido, y preguntó altivamente:

— ¿Cómo han tenido ustedes la audacia de intro-

ducirse aquí?.. ¿Se atreverán á impedirme que ejecute las órdenes del señor duque?

— ¡Geromoff! dijo el más alto de los dos intrusos.

— ¡Fileasky! respondió el más bajo.

— El granujoski Pietri Pertussoff no puede estar á la luz.

— Las bodegas del hotel de la condesa Constanzoff son tan buenas como las de esta casa, querido grandossoff imán de gobeletar.

— ¿Y si lo atásemos, jefosof delegado?

— ¡No es mala idea!

Pietri no podía dejar de entender las palabras de aquellos inventores de jerga.

— ¿Qué quieren hacer de mí? preguntó ansioso.

— ¡Evitar á su cutis el aliento del sol! repuso Jarnac, volviendo á su acento ordinario.

— Colocarle delicadamente á la sombra, añadió Chaminade, imitándole.

— ¿Y si yo me opusiera?

— Dos cañones de acero se colocarían al mismo tiempo en su frente.

Pietri balbució un: « ¡Demonio! » de rabia impotente. Los esgrimidores lo estaban atando ya como un salchichón, con prendas de sus propios vestidos.

— ¿Con qué lo ataremos? había preguntado uno de ellos.

— Mira, amigo: este cinturón me estorba, y á él le sentará muy bien.

— ¡Es verdad! Á mí me va mal este lazo: le haremos un adorno con él.

— ¡Mira: mi cadena de gran borrachosky, para hacerle pulseritas!

— Y mi fajín de guardia del harén para que represente un collar alrededor de su boca.

Mientras hablaban, los dos guasones trabajaban metódicamente, apretando, atando, amordazando... Cuando el confidente del duque de Torino quedó reducido al miserable estado de un comestible de salchichería, los esgrimidores, satisfechos de su tarea, descansaron.

Hasta entonces, la cosa había pasado entre sí, y bastante suavemente; pero la verdadera dificultad era transportar aquel cuerpo inerte á través de las calles de París. Cuando los maestros de armas reflexionaban sobre el medio de intentar tan azarosa aventura, la puerta, mal cerrada, se abrió desde afuera. Las dos pistolas apuntaron en aquella dirección, y, sin embargo, no necesitaron hacerlas hablar, porque los recién venidos no eran servidores del duque, sino el príncipe Karazal, y la princesa, su hija. Ambos habían salido del Louvre cuando Pietri tenía con su amo la escena que ya sabemos, y pronto los pasó en la calle el mismo Pietri, y luego los pasaron Jarnac y Chaminade, vestidos de oficiales moldavos. Ouvalia, intrigada, había dicho:

— No los perdamos de vista, padre. Debe de haber alguna novedad.

Al ver la escena que se desarrollaba á la luz del portal, Ouvalia soltó una carcajada y el príncipe dijo:

— ¡Bien! ¡Muy bien!

El sonido de esta voz hizo sobresaltar al salchichón viviente, que reconoció instantáneamente el timbre del conde de Lespare, y comprendió en qué manos había caído la maldita carta conservada por su amo... Ouvalia preguntó á Jarnac lo que pensaba hacer del prisionero, á lo cual contó el Tolosano la algarada habida entre Pietri y el duque, á propósito de la cartera de este último, y terminó diciendo que, como el cobarde criado quería poner la frontera entre él y la Justicia, había tomado la determinación de impedirselo, encerrándolo por una noche en las bodegas del hotel de Lespare.

— Desgraciadamente, explicó el de Cevennes, no es fácil transportarlo sin llamar la atención. ¿Cómo explicaríamos su procedencia?

— Nada más sencillo, amigos míos, afirmó el conde. Yo voy á tomar otro camino, en tanto que vosotros me transportáis.

— ¡Por los cuernos del diablo!.. ¿Qué charada es esa, chiquillo?

— ¿Eh? ¡Fileas! dijo el bueno de Chaminade.

Luis de Lespare habíase despojado ya de su dalmática, vistiéndosela á Pietri.

— ¡Ea! ordenó, terminando la transformación poniéndole en la cabeza su rico sombrero y calándoselo hasta la cara.

Los esgrimidores se apresuraron á obedecer, maravillados: Jarnac, cogiendo á Pietri por los hombros, y su amigo, por los pies. Precedido por Ouvalia, y seguido de lejos por el conde, el extraño cortejo salió

de la casa de Trompette, cuya puerta dejaron abierta, y se encaminó hacia el hotel de Lespare.

No estuvo desacertado Lespare al organizar tal mascarada. Al volver una de las pequeñas vías que comunicaba con la parte posterior del hotel, los portadores tropezaron de narices con una ronda. Mas Jarnac no se dejó trastornar por tal encuentro :

— ¡ Carambiensky ! exclamó : ¡ dejad paso al ilustre Príncipe Karazal, que ha bebido demasiado !

— ¡ Los vinos de Su Majestad el Rey ! añadió Chaminate, á modo de explicación.

Deslumbrados por el oro de aquellos vestidos desconocidos, y aterrorizados ante la idea de que podían tropezar con un huésped del monarca, los honrados burgueses de la guardia cívica se inclinaron humildemente y dejaron pasar al chacal que conducían, vestido con la piel del león.

VIII

TRIBUNAL REAL

En el palacio de Versalles es donde nació Luis XV, y quería mucho á esa residencia, edificada por su abuelo. Y hasta le gustaba exageradamente, porque en una de las dependencias de Trianón fué en donde, algunos años después, debía permitir á la marquesa de Pompadour establecer aquel odioso noviciado conocido en la Historia con el nombre de Parque de los Ciervos, y que debía empañar su reinado.

Á la mañana siguiente de la fiesta dada en el Louvre, volvemos á hallar á la mayoría de nuestros personajes reunidos en la cámara del rey, y admitidos al honor de presenciar su despertar. Allí estaban los señores de Argensón, Richelieu, Birón, Croissy, Chabillant, Brancas, Aubeterre, Gherlor, Estrée, Rohán, Soubret, Montigny, Conti, Courten y Brionne, y todo un pueblo de cortesanos. Sin embargo, no estaban todos, porque también acudían muchos al despertar

de la marquesa de Pompadour. De ordinario, el duque de Torino no faltaba á ninguna de estas reuniones, y hasta se había observado que casi siempre era introducido el primero, por lo cual, aquel día, chocaba mucho su ausencia. Las buenas lenguas se atrevían hasta á decir, en voz muy baja, que habiéndose visto en disfavor desde la llegada de aquel hospodar de Moldavia, que parecía acoger bajo su protección á la condesa de Lespare, procuraría no ir. Mas de pronto cesaron los comentarios, y prodújose un movimiento de curiosidad, análogo al que se había producido la víspera. Acababan de anunciar al Príncipe Karazal. Éste representó con gran desenvoltura y se inclinó, agradecido, ante la mano que le tendía el rey. Sentía profunda gratitud hacia el monarca que, habiendo descubierto su verdadera personalidad, aceptaba tácitamente su manera de proceder, y, por su silencio, le facilitaba la tarea que se había impuesto. El príncipe tenía en la mano un pergamino doblado. Después del besamanos, lo tendió respetuosamente á Luis XV, diciendo:

— Sire, me he hecho mensajero de una súplica dirigida al rey: ¿se dignará Vuestra Majestad tomar conocimiento de ella y decirme su decisión, para que yo pueda transmitirla al que confía en la justicia real?

— Hay que reconocer que el conde tiene soberbia audacia, pensó el duque de Richelieu, que le miraba con admiración. Aunque sé quién es, ganas me dan todavía de tomarle por lo que parece ser.

— ¿Argensón? llamó el rey.

El ministro de la guerra se acercó.

— ¿No me ha dicho usted que el vizconde de Courten es un lector de mérito?

— Sí, Sire; y si Vuestra Majestad quiere probarlo...

— Envíelo aquí.

El vizconde Santiago no había esperado esta orden para salir de las filas. El vizconde estaba triste. Desde la catástrofe de la feria de San Germán, á pesar de que sabía que la señorita de Flamberge había salido de ella sana y salva, no había podido ver á su novia, desaparecida una vez más, y empezaba á desesperar de poder llevar á su madre á aquella nuera combativa y fantástica, que escapaba una vez más á todas cuantas investigaciones hacía él.

Á una seña del rey, cogió el pergamino que tenía el príncipe, y leyó lentamente, en alta voz:

« Sire, el señor duque de Torino es el único que puede decir lo que pasó la tarde de la batalla de Fontenoy, detrás de la tienda del capitán teniente de mosqueteros negros... El señor duque de Torino sabe el nombre del verdadero culpable.

— ¡Oh! ¡oh! exclamaron á media voz.

Porque el tema de esa súplica interesaba vivamente á los oficiales presentes, todos amigos del conde de Lespare y opuestos todos al duque, que no había sabido más que crearse enemistades.

— ¡Oh! ¡oh!.. pensaba por su parte Santiago de Courten, hago mal en desesperar. ¡Precisamente este bendito papel me dice que Enriqueta va á entrar en

escena!.. Pero, ¿quién es, pues, este príncipe que se encarga de los asuntos del conde?.. ¿Y esa Ouvalia?.. ¡Diablo!.. ¡Creo que lo adivino!.. ¡Ah! ¡qué buena comedianta es mi futura vizcondesa!

Por supuesto, que este aparte del vizconde no había tenido más duración que la del pensamiento. Para hacerlo, no necesitó el vizconde el tiempo que nosotros hemos empleado para escribirlo, y nadie notó que hubiera habido interrupción en la lectura, cuando él la proseguía con voz más ardiente:

« En caso en que el señor duque de Torino negase conocer ese nombre, ó si, por escrúpulos indignos de un hombre que pretende tener simpatías por Francia, se negase á decir la verdad, se transmitirá á Vuestra Majestad un documento traducido en lengua francesa y le edificará respecto de la personalidad del hombre nefasto y sobre el doble papel que desempeñó aquel día glorioso para las armas de Vuestra Majestad... Si el pecho de mi hija y el mío no hubieran servido de blanco á los mosqueteros sajones, á fin de que el ruido de la fusilería atrajese socorros al punto amenazado, acaso se hubiera trocado en día de duelo aquel día de gloria...

— Eso no favorece mucho al señor de Sajonia, nuestro gran hombre de guerra, dijo burlonamente Richelieu.

— Acabe, vizconde.

« Suplico, pues, á Vuestra Majestad, espere hasta esta tarde para recompensar y castigar », añadió, para concluir, el lector.

— ¿Está firmado?

— Sí, Sire, firmado: « Luis de Lespare. »

Todos se sobresaltaron; todos, á excepción de Luis XV.

— ¿Luis de Lespare?.. murmuraban. ¿Vuelven los muertos?

— Dénos ese pergamino, dijo el rey.

Y, tomándolo, añadió, dirigiéndose al príncipe:

— Se hará lo que usted desea... El señor mariscal tiene cierto derecho á juzgar este asunto, y le esperamos esta tarde. Por consiguiente, hasta la tarde, Príncipe!

El moldavo dió las gracias y se inclinó. Luego, se unió á él el marqués de Gherlor, y le dijo:

— Los dos ministros del príncipe Karazal no sospechan que su amigo Pietri Pertuso quería enviarlos al suplicio.

— Está usted equivocado, marqués: lo sospechan.

— Pero he podido interceptar la estúpida denuncia. ¡Afortunadamente que ese mentecato de Pietri se había dirigido á Rohán, que era el oficial de servicio!.. ¡Jarnac y Chaminadé conspiradores!.. ¡Esa sí que es buena!..

Al salir los gentileshombres, pudieron ver en la antecámara al duque de Torino, que llegaba con retraso, pero estaba radiante. Estaba con Ouvalia, que esperaba á su padre, y la miraba tiernamente.

— ¡Ah!.. pensaba él, ¡cómo me ha engañado mi confidente al decirme que el príncipe no era príncipe ni Ouvalia princesa!.. ¡Qué estúpido!.. ¿No acaba de

realizar Ouvalia un ademán de reina al devolverme la cartera?..

Y ahora ya no temía nada, porque la carta, la maldita carta, hallada intacta en su escondite y destrozada en diminutos pedazos, yacía ahora en su crispada mano. ¡ Ya no había pruebas! En su alegría, atrevióse á decir á Ouvalia:

— ¡ Mañana seré feliz!

— ¡ Y rico y poderoso! añadió para sus adentros.

— ¿ Por qué mañana? le preguntó la joyen, mirándole muy de frente antes de ir á unirse con su padre. ¡ Quizás esta misma tarde me pertenezca usted ya en vida ó en muerte!

Había pronunciado esta frase con tal energía, que chocó á Gonzalvo; tanto que, para darle el cambio, el príncipe creyó deber saludarle al pasar junto á él.

Serían las cuatro de la tarde. El día había sido terriblemente caluroso: se acercaba la tormenta, y los pechos se levantaban ante los benéficos efectos de una ligera brisa del sur, tímido presagio de la borrasca. Á aquella hora, debía hallarse toda la corte, ora en carroza, ora á caballo, en la carretera de Marly, en donde se había preparado una colación; pero de pronto se había dado contraorden para el paseo... ¿ Sería en previsión de la tempestad, que hubiera podido cambiar aquella alegre partida en desbandada y en la que hubiéranse reñentido los lindos vestidos de las damas? ¿ Sería, acaso, para recibir á Mauricio de

Sajonia, cuya salud estaba cada vez más quebrantada y que había solicitado audiencia para aquella tarde? No se sabe: el caso es que entre la brillante asamblea de caballeros y damas, reunidos allí á la sombra en la alfombra de verdura, las conversaciones se entablaban mucho menos sobre la contraorden dada y sobre la tempestad prevista, que sobre la preocupada actitud del monarca, que conferenciaba con el mariscal, y había dado órdenes terminantes para que no se le molestase. Dada la elevación de la temperatura, el aire de las habitaciones era irrespirable, y la gente se había tenido que instalar en la parte llamada Jardín del Rey.

Sentado en una elevada butaca de junco y teniendo ante sí una mesita portátil en la que había varios papeles y, entre ellos, la súplica presentada la víspera por el Príncipe de Karazal, y algunos planos, consultaba el rey en voz baja con el anciano vencedor de Fontenoy, que era el único que tenía derecho á sentarse en presencia del rey. Alrededor de ellos estaban los tenientes generales duque de Brion, marqués de Croissy, condes de Lowendal y de Estrées, el duque de Richelieu, el príncipe de Conti y los coroneles Chabillant, Aubeterre y Brancas. Todas las salidas que daban afuera del bosque en que estaba la compañía de mosqueteros negros en pleno, hallábanse custodiadas por los oficiales señores de Gherlor, Rohán, Montigny, Souvret, Courten y Brionne. Para hacerse guardar con tal lujo de precauciones, se debía de pensar que la cuestión que agitaba á Luis XV en aquel lugar

era por lo menos un secreto de Estado. Sin embargo, mirando de más cerca, no podía mantenerse semejante idea, porque, cosa rara y seguramente imprevista, en medio de todos aquellos brillantes oficiales, se veían humildes uniformes de maestros de armas, y, entre éstos, muy contentos, se hallaban nuestros viejos amigos Fileas Jarnac, con el sombrero ladeado, y el dulce Jerónimo Chaminade, con su embudo tímidamente echado hacia los ojos. Ni uno ni otro estaba allí como acusado. Finalmente, en pie, frente á la mesa real, se hallaba otro personaje. Era Gonzalvo, duque de Torino.

Al ver todos los ojos clavados en los suyos, no se podía dudar. El señor mariscal de Sajonia tenía un codo apoyado en el borde de la mesa, y miraba tan pronto á los planos como al italiano, en cuya frente parecía querer leer.

— De modo, señor duque, preguntó el rey, prosiguiendo su interrogatorio ya comenzado, que afirma usted que sólo su compañero estaba asalariado por Inglaterra?

Esa pregunta no pareció turbar al duque. Indudablemente, éste no tenía la turbada actitud del acusado que se encuentra delante de su juez. Quizás hubiera sido él mismo el instigador de aquella reunión inquisitorial, de cuya salida podría creer él no tener nada que temer; puesto que Pietri, que había huido, no vendría á desmentirle. Por lo cual respondió con gran tranquilidad:

— Sí, Sire, ese hombre en quien tan mal colocada

estaba mi confianza, es el que combinó solo el accidente de Fontenoy; pero, como no estaba seguro de poder pasar, compró la complicidad del conde de Lespare, á quien sabía en disfavor.

— ¿Por qué no Nos ha entregado Ud. ese miserable?

— Porque hasta ayer no he tenido conocimiento de su infamia. Y cuando, venciendo mi repugnancia, se me ocurrió la idea de entregarle á la justicia real, ya era demasiado tarde.

— ¿Demasiado tarde?

— Galopaba ya camino de la frontera.

— ¡Eh! dijo, dudando, el mariscal.

— ¿Cómo ha sabido usted su culpabilidad?

— ¡Por su propia boca, Sire! Pietri perseguía á tres hombres con un odio feroz: primero, al señor de Lespare; luego, á los maestros de armas Jarnac y Chaminade, aquí presentes, que podrán atestiguarlo... En su orgullo de haberlos vencido á los tres, á lo menos así lo creía él, ha tenido la audacia de proclamar ante mí sus hazañas, diciéndome que había asociado mi nombre á sus vergonzosas combinaciones... Yo no he sido dueño de mi cólera... Le he amenazado con revelarlo todo: ha tenido miedo y ha huido.

— ¡Hola! ¡hola! dijo á media voz el mariscal de Sajonia, cuyos ojos acababan de descubrir incidentalmente la cédula presentada la víspera por el príncipe moldavo, en nombre del conde de Lespare.

Aprovechando el que la atención de todos estaba en otra parte, cogió furtivamente la cédula, sacó del bolsillo de su jubón otra hoja arrugada, y empezó á

comparar atentamente la letra de los dos papeles. Luego, volvió á dejar ambas hojas sobre la mesa, la suya muy á la vista encima de la que estaba antes.

— ¡Mala peste!.. gruñó. ¡Vaya un miserable!.. ¡Desde ahora, el aviso anónimo tiene ya una firma! ¿De qué miserable hablaba y de qué aviso anónimo?

Luego lo veremos.

Los únicos que habían visto el ademán, eran los maestros de armas, y se preguntaban qué significaba. Los otros, entretenidos en mirar al duque, no se habían enterado de nada. El rey resumía:

— En resumen, duque, según sus propias afirmaciones, su compatriota se había vendido á nuestros enemigos, y usted ignoraba la parte que él tomó en la cuestión de Fontenoy... ¿Juraría usted que él solo estaba en relación con el comandante de las fuerzas inglesas?

— ¡Lo juro, Sire!

Y, aparte, se vanagloriaba de tener asegurada la impunidad, pues había destruído la prueba contraria á su juramento.

— ¿Juraría usted también que defendió, con peligro de su vida, el desfiladero de Antoin, contra los granaderos sajones?

— Lo juro igualmente.

— ¡Qué desfachatez! exclamaron varias voces. El rey se hizo el desentendido y continuó:

— ¿Juraría usted también que el aviso enviado tan oportunamente al señor mariscal, procedía de usted?

Para oír la respuesta á esta pregunta, Mauricio de Sajonia echó todo el cuerpo hacia adelante. Parecía creer que habría vacilación. Mas no se hizo esperar la respuesta de Gonzalvo, que fué la misma:

— ¡Lo juro!

— ¡Diantre! dijo entre dientes el mariscal: ¡eso se puede comprobar!

— En fin, continuó Luis XV, ¿afirma usted, por su honor de caballero, que el capitán de Lespare es un traidor y que recibió el castigo de su crimen por la propia mano de usted?

— ¡Lo juro, por mi honor de caballero!

— ¡Gonzalvo! ¡bastardo, ladrón de títulos, traidor infame! ¡asesino monstruoso, miente usted!.. lanzó una voz vibrante que hizo temblar á toda la asistencia.

Un hombre acababa de atravesar el cordón de mosqueteros y de penetrar en el bosquete. Llevaba el uniforme de capitán teniente de la primera compañía de Francia, pero sin espada. Con los brazos cruzados, erguido y firme, mirada implacable, se había detenido ante la mesa real, enfrente del italiano acobardado, á quien dominaba con su elevada estatura.

— ¡Al fin! exclamaron diez voces de alegría.

— ¡Muy bien!.. dijo, por su parte, el mariscal, levantándose con un enérgico esfuerzo. ¡He aquí un muerto que se despierta á punto!

— ¡Él! ¡vivo, vivo! gimió Gonzalvo, aterrorizado.

En efecto, era Lespare. Lespare tal como estaba, antes de jugarse la vida para salvar al ejército. Luis XV no había efectuado el menor movimiento. Quizás

esperase aquella aparición melodramática. Pero no se puede uno formar idea de la sonrisa de satisfacción que se desvanecía en la ancha y noble cara del mariscal Mauricio de Sajonia.

— ¡Sí, vivo! repuso Lespare, dominando todavía al enemigo con su mirada de águila. ¡La hija de Calonne no ha tenido aún la desgracia de quedar viuda, como su madre, por el acto de un bandido! Además, Dios mediante, no tardará usted en ver que el brazo de sus víctimas — de algunas, pues son numerosísimas para que usted mismo pueda contarlas — es aún lo bastante vigoroso para manejar la espada que con general alegría administre justicia á un monstruo!

Gonzalvo había tenido tiempo de reponerse de su primer espanto. Pero, viéndose perdido para siempre, leyendo su condenación en los ojos del rey, como también en los de todos los caballeros reunidos allí, hizo estallar su rabia impotente.

— ¡Oh!.. gruñó sordamente, cerrando los puños: ¿por qué no le habré herido con más seguridad?.. Si hubiese estado yo solo, si no hubiera tenido á mi lado á aquellos linfáticos y tímidos sajones, no cabe duda de que mi puñal, lanzado más enérgicamente, me hubiera librado para siempre de usted! ¡*Diavolo!* ¿por qué no habré tenido esa suerte?.. ¡No vendría usted hoy á desplomar el edificio de mi fortuna y de mi favor!

— Así silba la víbora antes de ser aplastada, dijo Richelieu al oído del mariscal, á quien quería adular.

Ya hemos dicho que había electricidad en el aire.

Había desaparecido la brisa, y la calma, presagio de la tempestad, pesaba enormemente.

En el verde césped, en los grupos formados por simpatías, se debilitaban las conversaciones, languidecían; pero los abanicos se agitaban con frenesí, tratando de producir cierta frescura ficticia. En un banco de césped que formaba el centro del círculo más animado, la marquesa de Pompadour, la princesa de Conti y la señora de Hausset se entretenían con dos damas á quienes aun no se había visto en la corte. Y unos tras otros, los diferentes grupos se acercaban, convergían hacia ese centro, no tanto para cortejar á la favorita como para admirar las dos recién venidas, tan en favor. Muchos presumían de conocer á la más joven, en cuyo pecho lucía la banda de San Luis. En voz muy baja, comunicábanse sus impresiones:

— ¿No es la célebre señorita de Flamberge?

— ¡Vamos! ¡Cómo quiere usted que la señorita de Flamberge esté en la corte!

— Sin embargo, esa condecoración...

— ¿No notó usted que también la llevaba la princesa Ouvalia?

— La princesa vestida á la francesa, vizconde.

— ¿La señorita de Flamberge bajo su falda corta, barón?

— ¿Por qué no?

— ¿Qué tendría de particular?

— Se equivocan ustedes dos, señores, dijo una joven dama de honor mejor enterada.

— ¿Quién es, pues, bella Ariana?

— ¿Serán dos nuevas *espinas*?

En la intimidad, y lejos de los oídos indiscretos, los cortesanos calificaban así irrespetuosamente á los parientes de la favorita, cuyo nombre de soltera era Poisson. (1)

— No caen ustedes, señores. La mayor es la señora condesa de Lespare, y la otra, la señorita Enriqueta, su hija.

— Una viuda y una huérfana en vestidos de color... ¿Qué nos cuenta usted?

— Ya sabrán el motivo antes de terminar el día.

— ¡Si es la princesa!

— ¡No, vizconde, es la profesora de armas!

De pronto cesaron las conversaciones como por magia, y todos los oídos se inclinaron hacia el mismo punto.

En la pesada y tranquila atmósfera, vibraba una voz sonora que, á pesar de la distancia, llegaba muy clara á la verde alfombra... Era la voz acusadora de Luis de Lespare que operaba su entrada en el bosque del Rey. Acaso la marquesa de Pompadour no esperase sino esa manifestación para levantarse.

— ¿Vengan? dijo á la condesa y á su hija.

Instantáneamente la imitaron todos.

La marquesa y sus compañeras se fueron hacia el gabinete de verdura; damas y caballeros siguieron, decididos á no perder nada de cuanto ocurriera en el bosque prohibido, á cuya conquista caminaba aquella cruzada perfumada y risueña.

(1) Pez.

Y en el color esmeralda de los céspedes cortados á ras del suelo, fué un espectáculo encantador el ver ondear los alegres anillos de aquella serpiente gigantesca de hombros niveos, de vestidos descotados y de casacas bordadas. Parecería la salida de una embarcación para Citera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

LA ACUSADORA

La acusación, todavía imprecisa, lanzada por el conde Luis de Lespare, el aparecido, contra el duque de Torino, produjo otro efecto inmediato: el de precipitar hasta los claros del bosque á toda la compañía de Mosqueteros Negros.

¿Qué era, para aquellos aristócratas, la consigna, al lado del regreso del capitán, hecho inverosímil, del capitán muerto hacía dos meses? ¡Ah! ¡querían ver al jefe amado, al jefe á quien tan de menos echaban! De modo que su excitada curiosidad les hacía olvidar sus deberes, precisamente en el momento en que la vigilancia era útil para resistir al ejército de faldas que se ponía en marcha.

Las acerbas palabras escapadas al duque de Torino no tuvieron más eco que los gemidos del mimbres del sillón entre cuyos brazos acababa de volver á caer el mariscal, lanzando un: « ¡Puf! » El anciano soldado no podía permanecer mucho tiempo en pie. Si todas

las frentes reflejaban los diversos sentimientos de que estaban agitadas, la del monarca se había quedado como de mármol. Él mismo no había salido de una gravedad glacial, y no hacía gesto alguno de aprobación ni de desaprobación. Todos callaban, suspensos de los labios del soberano. ¿Qué saldría de ellos?

— Señor de Lespare, dijo al fin: usted nos ha pedido que esperásemos hasta ahora para presentar la prueba de su justificación.

— Agradezco á Vuestra Majestad el haber accedido.

— ¿Tiene usted esa prueba?

El conde dió un paso hacia la mesa, en la cual dejó un pliego cuya vista arrancó una blasfemia á Gonzalvo, que dió un salto para apoderarse de ella. Mas el conde estaba delante de él, y, sin esfuerzo, lo apartó con la mano, y dijo:

— ¡Sire, lo he prometido y sostengo mi promesa! He aquí un documento que, á falta del pergamino de nobleza que el señor de Torino se vería muy apurado para presentar, dará á Vuestra Majestad una idea precisa, aunque incompleta, de sus brillantes actos de servicio, que su modestia le impediría seguramente enseñar.

Retenido por el conde, Gonzalvo se agitaba y espumeaba.

— ¡Miserable! dijo en voz alta el mariscal.

El pliego seguía en la mesa; todavía estaba cerrado, y, no obstante, hablaba ya por boca del culpable que gritaba, tratando de escapar de la mano del conde:

— ¡Eso no es verdad!.. ¡Eso no es verdad!.. ¡La orden no existe!.. ¡Eso es falso!.. Un lazo infame... ¡Desafío al capitán á que diga quién ha podido dárselo!..

Gonzalvo tenía mala suerte.

Apenas acababa de lanzar, algo imprudentemente, aquel reto, cuando una voz de mujer que hizo volver todas las cabezas, le respondió:

— ¡Yo!

Bajo la audaz dirección de la Pompadour, que fué á sonreír á su señor para hacerse perdonar, la cruzada con faldas, salida de la verde alfombra, acababa de penetrar en el bosque, pasando por el cuerpo de los mosqueteros negros, que, mal preparados á ese asalto, se habían rendido. Era demasiado tarde para pensar en castigar. Luis XV dejó ver una pequeña contracción de los labios, y se volvió hacia Enriqueta de Lespare, que acababa de hablar, en tanto que Mauricio de Sajonia, viejo aficionado, murmuraba, haciendo chasquear la lengua:

— ¡Hermoso sujeto!

— ¡Y buena espada! le dijo Richelieu, sintiendo que tenía que hacerse perdonar muchas cosas.

Los ojos salidos de las órbitas de Gonzalvo no podían apartarse del rostro de Enriqueta.

— ¡Ella!.. exclamó con un ronquido que era casi un sollozo, porque se veía traicionado por la única mujer á quien había amado de veras. ¡Ella!.. ¡Y ese parecido fatal!.. ¡Todo lo adivino!.. ¡Ya es demasiado tarde!.. ¡Cómo me han engañado!.. Ouvia era

Enrique... era la Flamberge, era Enriqueta de Lespare... ¡Demonio!.. Regina de Espineuil y Pietri tenían razón los dos: la primera, al aconsejarme que temiese á la hija del conde; el segundo, al repetirme que la bohemia me acarrearía alguna desgracia... ¡Estoy perdido!..

El rey acababa de coger el sobre. Lo volvía y revolvía en sus manos y miraba en torno suyo, pareciendo buscar á alguien...

— ¿Señor de Courten? llamó Richelieu, adivinando lo que deseaba el monarca.

El vizconde estaba en contemplación ante su prometida, encontrada definitivamente, y que le parecía cien veces más bella en su compostura, que le sentaba á maravilla. Salió de su éxtasis, y, adivinando el motivo que hacía que lo llamasen, se acercó á la mesa, echando pestes, aparte, contra su primo Argensón, cuya indiscreción le valía aquel honor. El monarca le sonrió, tendiéndole el pliego, que Santiago cogió con resignación: Luis XV lo convertía en su lector oficial en el momento en que el vizconde hubiera preferido hacerlo que los demás cortesanos que se apretaban admirativamente en torno de Enriqueta de Lespare, cuya entrada en escena había relegado al segundo plano la personalidad del traidor. Por supuesto, que así que Gonzalvo reconoció la imposibilidad en que le ponían de negar su vergüenza, el primero que acudió á su imaginación, fué la idea de huir; pero, al buscar con la vista la salida propicia, pudo observar que no había ese supremo recurso;

pues los oficiales mosqueteros, de común y tácito acuerdo, se habían aglomerado en torno suyo.

— Lea, señor de Courten, dijo el rey. Ante la denuncia del señor de Torino, infligimos públicamente un severo castigo á Nuestro capitán de Mosqueteros... Si el castigo fué injusto, se reparará á la faz de todos... ¡Lea !..

Y en medio del profundo silencio que siguió, mientras el rey arrugaba distraidamente los papeles que habían quedado en la mesa, todos, incluso los que no pudieron penetrar en el bosque, pudieron oír cada palabra de la lectura del vizconde. Se habrá adivinado que era el papel comprometedor dejado en el compartimiento secreto de la cartera de Gonzalvo. El italiano creía haberlo recuperado y destruído; pero Ouvalja, después de escamotear el documento, se guardó bien de separarse del original, y no le había devuelto sino una copia extendida apresuradamente. He aquí el tenor del contenido del papel :

« Orden al señor duque de Torino, individuo italiano, guía de los ejércitos de Su Majestad el Rey de Inglaterra, y á Pietri Pertuso, su segundo, de quien él responde, de asegurarse por todos los medios de la posición de las dos compañías de mosqueteros y de la situación de los acantonamientos de la casa militar del Rey.

« Orden de hacerse acompañar por diez granaderos sajones; de forzar el paso del bosque de Barry en Antoin, y de llevar al general austriaco Koenigseck el

despacho verbal siguiente: « El general Koenigseck debe hacer frente á lo menos dos horas contra los efectivos enemigos. El general inglés Campbell se le unirá y destruirá al ejército francés en el pueblo de Fontenoy. » Este papel debe destruirse en cuanto cada uno de los dos guías se haya enterado de su contenido de manera que pueda transmitir la orden de memoria. Si se cumple bien esta misión, la caja del Tesoro liquidará la prima convenida.

« *El lord-general comandante en jefe de los ejércitos aliados : DUQUE DE CUMBERLAND.* »

Durante la lectura de lo que precede, Luis XV dejó escapar varias veces su indignación. Cuando Courten hubo acabado, exclamó, dirigiéndose al conde :

— ¿Y por transmitir semejante orden, es por lo que intentó asesinarle ese hombre ?

El duque no hacía el menor movimiento; pero bajo sus párpados bajos, para evitar el fuego de las miradas, pasaban furtivos resplandores. Se decía que, en medio de todo, como Francia no era su patria, esa acción, por censurable que fuese, no se le podía imputar como crimen sino en el mismo lugar en que la perpetró. Por otra parte, como su misión había fracasado, no podía temer, al cabo de dos meses, la ejecución sumaria de un tribunal marcial. Y se felicitaba interiormente de no haber dejado ningún testigo de su otro crimen grandioso, para el cual no hubiera podido invocar prescripción alguna.

— Sí, Sire, respondió Luis de Lespare: para eje-

cutar tan cobarde atentado, fué para lo que, después de haber, con la ayuda de los granaderos ingleses, hecho prisionera á mi hija — pues Vuestra Majestad no ignora ya que la señorita de Flamberge, condecorada por usted por un acto heroico, fué alférez de mosqueteros — me hirió traidoramente. Pero el rey de Francia salió victorioso gracias al señor mariscal, que había recibido y comprendido mi aviso.

— ¿Qué aviso?

— El que tiene usted bajo su mano, Sire, dijo Mauricio de Sajonia.

Instintivamente, el rey empezó á leer:

« Mariscal, los austriacos del viejo Koenigseck tratan de apoderarse de un desfiladero importante, cerca del campamento de los mosqueteros negros... »

— ¿Y ese aviso?

— ¡Me fué remitido por el joven César de Larga-vida, muerto en el campo de honor!... dijo el mariscal.

— Ya lo sabemos; emanaba del señor duque de Torino, buen movimiento que debemos tener en cuenta.

— ¡Oh, oh! moduló el mariscal, riendo.

— ¿Lo duda usted?

— Mucho, Sire.

Se volvía á escuchar con interés. Era un nuevo incidente. En cuanto empezó á hablarse de ese aviso, Gonzalvo recobró un poco de seguridad, porque, en medio de todo, ¿podría castigar Luis XV al que, arre-

pentido, le había asegurado la victoria? Contaba con esto tanto más lógicamente, cuanto que, por ser anónimo el aviso, no podía tener ningún valor cualquier aserto contrario al suyo. Y como César de Larga-vida había sucumbido, no podía temerse su testimonio... ¡Pero he aquí que el mariscal de Sajonia emitía una opinión contraria! ¿Cómo podía tener la clave de ese misterio el viejo héroe? Y sin embargo, ese estratégico no era hombre de los que hablan sin saber lo que dicen.

— ¡Pero si el aviso no estaba firmado! repitió, intrigado, el rey.

— No lo estaba, Sire.

— ¿Lo está acaso ahora?

— ¡Sí!.. sólo que esta firma se ha extraviado por otra hoja que Vuestra Majestad tiene igualmente ante los ojos.

— ¿El pergamino traído por el Príncipe Karazal?

— No sé yo quién lo ha traído; pero el caso es que el autor del uno, lo es también del otro.

Se empezaba á comprender. Gonzalvo era el único que se obstinaba en su ilusión. El rey comparaba los dos escritos.

— En efecto, dijo, estas dos cartas, las ha trazado una sola y misma mano.

— ¡Luego, una sola firma puede identificar al autor!.. exclamó Mauricio de Sajonia con su voz de mando; ¡y esa es la de Luis de Lespare!

Los pechos lanzaron un suspiro de desahogo.

— ¡Ah! exclamó Luis XV mirando al italiano: ¡esa

mentira hecha á nuestra persona es tan grave como la traición!

Y, volviéndose hacia Lespare:

— ¿Y por qué no puso usted su nombre, capitán? Eso nos hubiera ahorrado muchos errores desagradables.

— ¿Podía hacerlo, Sire? Sírvase Vuestra Majestad recordar... Yo acababa de ser sospechoso de pactar con el enemigo, y mi solo nombre hubiera podido hacer desprestigiar el consejo. Gracias á que la casualidad...

— ¡La Providencia!

— Ó la Providencia velaba, y yo no caí hasta después de tener la certeza de que todas las tentativas del enemigo fracasaban, ¡gracias á mi hija y á mí!

— ¡Y á qué precio, querido conde!.. dijo el rey, levantándose.

— ¡Ah! añadió, volviéndose hacia Gherlor y Courten: ¡cómo Nos han engañado!.. Los que sospechaban ese secreto, aquellos cuya amistad sincera y fiel me rogaban constantemente por usted, esos tienen derecho á dudar de Nuestra clarividencia.

— En cuanto á eso, no, Sire, exclamó Lespare... ¿Pueden la elevada franqueza y la lealtad inatacable del rey luchar contra tanta astucia y sagacidad?

— ¡Sea como fuere, por tardía que sea la justicia, se hará y será sonante!... Que se prevenga al señor Machault para que acuda inmediatamente, y que se mande buscar al cómplice de este hombre, para que puedan ir juntos al patíbulo.

Mientras un guardia salía afuera para cumplir la primera orden, Luis XV vió, no sin asombro, acercarse á él dos caricaturas singulares, un hombrecillo ridículamente vestido, que bajaba tímidamente los ojos y retorció entre sus manos un sombrero en forma de embudo, y un gran matamoros de pelo erizado, cuya audaz mirada se dirigía á todos los caballeros presentes, helando la hilaridad que quería asomar á todos los labios.

— ¿Quiénes son ustedes y qué quieren? preguntó Richelieu interponiéndose.

— Son hombres fieles, honrados maestros de esgrima, los compañeros de toda mi vida, se apresuró á decir el conde.

Ni Jarnac ni Chaminade se habían dado cuenta de que acababan de interrogarlos; harto preocupados estaban con el dato que iban á dar.

— ¡Anda, chiquillo! dijo el Tolosano al oído de su compañero; ¡vamos á sorprender á estas gentes!

— Sire, dijo el dulce Chaminade: el señor Pietri Pertuso está en un lugar...

— ¡Seguro! añadió su *alter ego*.

— Le he colocado...

— ¡Le hemos colocado!

— Provisionalmente...

— Y delicadamente...

— En una bodega...

— ¡Dulce prisión!..

— En donde no debe de aburrirse...

— ¡Yalo creo! ¡Todas las barricadas están llenas!

— Y lo tenemos á la disposición de Vuestra Majestad, acabó de un tirón el de Cevennes.

La rareza de esa declaración no podía menos de desarrugar un poco todas las frentes. El mariscal se reía francamente, y llenos de felicitaciones, cuya ironía no comprendieron, los dos tiradores — *arcades ambo* — volvieron á sus puestos.

Machault, ministro de Estado é interventor general de hacienda, acababa de llegar y hablaba en voz baja con el rey. El guardia que había salido en su busca no tuvo que ir muy lejos, pues el ministro entraba en el palacio en el mismo momento en que el guardia iba á montar á caballo.

En el grupo formado por la señora y la señorita de Lespare, las señoras de Conti, Hausset y la marquesa de Pompadour, se hablaba animadamente.

— Hable, hermosa, dijo de pronto la marquesa, alzando el tono: su deber es no dejar ignorar nada al rey.

— ¿Qué ocurre?... preguntó éste, aguzando el oído.

— Este hombre, contestó la favorita, señalando á Gonzalvo, es, según lo que me dice la señorita de Lespare, el autor impune de una monstruosidad junto á la cual sus demás actos son pecadillos.

— ¡Cómo! ¿Sus mentiras, su traición, su tentativa de asesinato?

— ¡Chiquilladas, Sire!

— ¡Pica usted Nuestra curiosidad y Nos hace estremecer, marquesa!.. ¿Hable usted, señorita de Les-

pare?... ¿El conde, su padre, está al corriente de ese nuevo crimen del duque?

— Sí, Sire, mi padre, mi madre, nuestros servidores, nuestros amigos y otras cuantas personas, cuyo número es muy restricto, que escaparon milagrosamente del incendio de la feria de San Germán!

Anochecía antes que de costumbre, el cielo amenazaba gran tempestad, pero todos, en vez de pensar en marcharse, querían oír la nueva acusación que iba á brotar de labios de la heroica salvadora.

El rey preguntó:

— Esas son graves palabras, señorita. ¿Acusa usted al señor de Torino de haber provocado el incendio?

— ¡Lo acuso!

Esta frase fué lanzada con gran violencia. Gonzalvo se estremeció y pensaba que, si tenía que morir, podría no hacerlo solo, ya que tenía su espada. En esto, se oyó una voz:

— Sírvase precisar, señorita, dijo Machault, á quien el rey, fatigado, cedió la palabra.

— Señor ministro, respondió Enriqueta, después de haber matado á mi padre, á lo menos así lo creía él; después de haber insultado á mi madre, este hombre, sabiendo, por la baronesa de Espineuil, que íbamos á la feria, quiso hacer perecer de una vez los que quedaban de nuestra familia... Jarnac y Chaminade pueden explicarle cómo Pietri, su alma condenada, fué en busca de bandidos á la taberna de Crevepance, en la Grange-Batelière. Asistido por tres demonios: Cinabrio, Vachalcar y Mandrin, el duque de Torino

puso en ejecución su terrible proyecto, que costó la vida á una multitud inocente, perdonando á las víctimas designadas.

— ¡Eso es falso! ¡Es falso!.. gruñó Gonzalvo. ¡No hay testigos!

— ¡Dispense usted: como testigo, está su amante, Regina de Espineuil!

— ¡Ah! exclamó con sorna el italiano. ¡Que la manden venir!.. Yo mismo la he...

— ¡Arrojado á las llamas para hacer que callase la voz de su arrepentimiento!.. dijo implacablemente Enriqueta. Pero acaba usted de hacerla hablar y de venderse, señor duque... ¡La muerta le acusa!..

Aquello era demasiado. Á pesar de la presencia respetada del soberano, era tal la repugnancia de todos, que los murmullos anteriores se cambiaron en exclamaciones de repulsión:

— ¡Ese pertenece á las mujeres de París!

— ¡Que se lo entreguen á ellas!..

Las terribles miradas que acompañaban á esa proposición, de apariencia benigna, hicieron á Gonzalvo estremecerse hasta la médula.

— He aquí lo que se hará, dijo el ministro Machault. La sala criminal entenderá en los hechos de que el señor Gonzalvo, conocido por el nombre de duque de Torino, se reconoce culpable. Se levantará un patíbulo en una plaza de París, y el hacha del verdugo demostrará ante todos que Su Majestad castiga á los Judas, á los asesinos, á los monstruos de la humanidad.

— ¡Yo soy de nacionalidad italiana! osó gritar el prisionero, demostrando toda su audaz impertinencia. ¡No dependo de los tribunales franceses!

— Usted se encuentra en los Estados de Su Majestad Cristianísima, acusado de espionaje, de sustitución, de asesinatos y de abominaciones sin nombre. No sé que haya ningún país que consienta en servirle de patria. Usted se vendía á quien quería comprarle...

Aprovechando la obscuridad, Gonzalvo se había armado de su puñal. Pero Enriqueta lo vió. Y, arrancando la espada del tahalí de Santiago de Courten, que se le había acercado insensiblemente, dirigió su punta hacia el pecho del italiano.

— ¡Un paso, un movimiento, le dijo, y es usted muerto!

Las damas se apartaban, asustadas.

— ¡Que se acabe! ordenó Luis XV. ¡Guardias, llevaos á ese hombre!

Y añadió, ofreciendo el brazo á la condesa de Lespare:

— Vamos al palacio, pues está la tempestad encima.

— Sire, intervino, suplicante, Enriqueta: ¡una gracia!

— Hable, señorita: una heroína como usted da extraordinario brillo á Nuestra Corte. Lo que usted Nos pide está concedido de antemano.

— ¡No quiero más que la vida de ese hombre!

— ¿Eh? exclamó Mauricio de Sajonia estupefacto. ¿Sería usted capaz de indultarlo?

— No, señor mariscal ; pero la justicia de los tribunales es lenta, y el señor vizconde de Courten, que será mi marido con el consentimiento de Su Majestad y de mi padre, tiene prisa por darme su nombre.

El rey se había detenido, y todos le habían imitado. Nadie comprendía adónde quería ir á venir Enriqueta con toda aquella historia.

El viejo soldado, traduciendo el pensamiento común, dijo :

— Y esa boda...

— Sufriría un retraso... El señor de Courten y yo nos prometimos, en una noche terrible, frente á la muerte. Pero mi padre salía para el ejército, y yo impuse por condición que nuestras bodas no se celebrarían hasta que su vida estuviese al abrigo de todo peligro...

— ¿ Y preso ese italiano ?

— ¡ Pero, mientras viva, subsiste el peligro ! Pido, pues, que le permitan sacar su espada y que la ponga en presencia de la mía. Por última vez, seré la señorita de Flamberge, y mi justicia será mucho más expeditiva.

— ¡ Qué original ! ¡ originalísima !.. Y si Su Majestad...

— ¡ La señorita de Lespare tiene nuestra palabra ! dijo el rey.

— En ese caso, dijo el viejo mariscal, el vizconde y yo seremos sus padrinos.

Y, como hábil organizador, ordenó en seguida :

— ¡ Que se retiren las damas !.. ¡ Que dejen en libertad al prisionero y que traigan dos antorchas ... ¡ Caramba ! Esta muchacha me gusta... ¡ Y si no fuera yo... creo que buscaría querrela á ese afortunado vizconde !

X

LA ESTOCADA RECTA

Normalmente, el sol tenía que recorrer aún dos horas antes de desaparecer en el horizonte, y, sin embargo, era de noche cerrada... No era una de esas noches serenas que la frescura que sucede á los ardores del día es inspiradora de paseos sentimentales y ve enlazarse los brazos de las parejas que susurran silenciosas. ¡No!.. La precipitada retirada del astro solar no había atenuado el calor, al contrario... En cuanto á las tinieblas, eran recorridas en todos sentidos por voces plañideras.

En cuanto trajeron las antorchas pedidas por el mariscal de Sajonia, el conde de Lespare dijo á los maestros de armas:

— Como es poco probable que ese hombre encuentre testigos, les ruego hagan sus veces.

— ¡Bien, capitán! respondieron, yendo á colocarse á los lados del singular cliente. Y Jarnac añadió:

— ¡Por los cuernos de Satán! ¡Qué tarea tan fea! Más me gustaría enseñarle una corriente...

— ¡Que le condujese derecho á Satanás, su patrón! añadió Chaminade.

Enriqueta tenía la espada en la mano. Gonzalvo tenía los dos brazos cruzados contra el pecho. Á sus pies, se hallaban los dos trozos de su espada, que había roto despreciativamente, diciendo:

— ¡Yo no me bato con una mujer!

Tal era la posición de nuestros dos personajes en el momento en que los volvemos á ver. Al ver que Gonzalvo no quería batirse y como empezaba á llover, dijo Richelieu:

— ¡El miserable va á hacernos coger un constipado!

Á lo cual, Mauricio de Sajonia añadió para simplificar, dirigiéndose al italiano:

— ¡Más le valdría á usted abreviar... para tomar esa píldora... se deja uno matar más decorosamente de lo que ha vivido!..

La faz del duque de Torino adquiría un tinte lívido. Se mordía los labios hasta hacerse sangre, tal vez sin darse cuenta de ello, y repetía, como una letanía:

— ¡No me batiré con una mujer!

— ¡Si ya lo ha hecho usted! dijo Enriqueta. ¡Acuérdese!.. la vispera de Fontenoy... en el campamento de los mosqueteros...

El duque de Richelieu exclamó, furioso:

— ¡Mal haya el mal nacido que hace esperar á las damas!

La tempestad se desencadenaba con toda su imponente grandeza. Hasta entonces, el rey no había pronunciado una palabra. Pero la húmeda manifestación de los elementos le hizo salir de su reserva.

— ¡Que se acabe de una vez! dijo simplemente,

— ¡En guardia! ordenó el mariscal.

Y Richelieu añadió:

— ¡En guardia, miserable!

Cual la fiera hostigada, el duque de Torino cogió el arma que le tendía el señor de Rohán, y, enderezándose, murmuró con voz pérfida:

¿Tendré que matarla?

Sus propios testigos rompieron á reír. Y Jarnac se arriesgó hasta á decir:

— ¡Pierde cuidado, querido: tu espada enmohecerá antes de pinchar!

Enriqueta replicó:

— ¡Á lo menos, no me asesinaría usted como á Regina!.. ¡Ea, caballero!..

Y, con el plano de la espada, le dió un latigazo en la mejilla.

Á solas, Gonzalvo no hubiera dejado pasar esa ofensa, pero en presencia de tanta gente, quiso hacer prueba de un conato de honor, y, reteniendo su instinto salvaje, que le inducía á arrojarse adelante, dejó ver una sonrisa viperina que quería decir:

— ¡El insulto no tiene alcance, viniendo de tal mano!

Nadie se compadecía de él. Los únicos sentimientos expresados por los rostros de los presentes, eran una

profunda repugnancia y una impaciencia legítima, porque, á no ser por la presencia del rey, ya se hubiera precipitado el desenlace.

— ¡Asesino!.. Enriqueta acababa de darle un segundo espadazo.

— ¡Asesino!.. repitieron todos.

Fué la última intimación. Los ojos de Gonzalvo se inflamaron; de su contraída garganta salió una extravagante melodía que quería ser risa, y, sin avisar, cargó furiosamente contra la señorita de Lespare... Era un duelista consumado. Pero su violenta y descortés estocada tropezó con una muralla de acero. La joven conocía á su adversario. Había previsto la táctica y limitóse á parar, sin responder. Nadie respiraba, no se oía más ruido que el retiñir de las espadas, el choque de las gotas de agua y los bramidos de la tormenta. El combate continuaba con desconcertante regularidad, Gonzalvo dando estocada tras estocada y Enriqueta parando á pie firme, sin querer atacar. Resistía sin fatiga, destrozando la impetuosidad del italiano, que había perdido la cabeza y quería sangre, pues se encarnizaba sin vergüenza, tregua ni merced. Jarnac y Chaminade, sorprendidos, trataban de disimular su inmensa emoción. Luis de Lespare temblaba de fiebre. ¡Hubiera querido no haber permitido aquella locura! ¡Cómo hubiera deseado manejar él la espada vengadora que tenía el débil brazo de su hija!..

Y es que aquella venganza, lenta y sublime como las cóleras antiguas, había, con su prodigiosa fascinación, petrificado á todos aquellos señores, y encade-

nado todos los brazos. El duque de Torino se sonrojaba y atacaba sin cesar.

¿Por qué vacilaba Enriqueta?... ¡Ah! ¡Aquello duraba demasiado! ¡Era interminable!

— ¡Arrepiéntase, duque! dijo Enriqueta, apartando la espada que por poco le toca en el hombro.

Gonzalvo se rió diabólicamente, y redobló los ataques.

— ¡Eso es una guerra vergonzosa! exclamó el mariscal, que tenía las mejillas tintas en púrpura. ¡Mereceríamos que nos apaleasen!.. ¡Déjeme paso, señorita, que voy á matar á ese canalla!

— ¡No, no! ¡No le toquen!.. ¡Es mío!..

Furioso al ver mezclarse al mariscal y temiendo no poder destruir á la á quien odiaba, y confiando, además, en la ausencia de ataques, que no pudo menos de observar, Gonzalvo, concentrando su rabia, precipitó el ataque por una serie de estocadas furibundas. Pero la intervención del vencedor de Fontenoy tuvo un resultado muy diferente. Fué como el despertar de la señorita de Flamberge. Su pasión, atrofiada un momento, no necesitaba más que aquel espelazo para incendiarse. Lo que siguió fué rápido como el relámpago que escoge su momento para desgarrar la nube. Gonzalvo, echado á fondo, lanzó un grito de triunfo odioso, que terminó en un quejido de agonía. La espada de Enriqueta acababa de penetrarle en la garganta con tal violencia, que el acero salió casi del todo por la nuca del incendiario de la feria. Gonzalvo, con los brazos en cruz, cayó de bruces, muerto en el acto.

— ¡La estocada recta! dijo el rey.

— ¡La estocada recta! repitieron veinte voces.

— ¡La famosa estocada de la señorita de Flamberge!

Por los horizontes lejanos, acababan de rodar los sonoros ronquidos del trueno. Entre la luz del relámpago y la voz del rayo, había pasado la muerte.

Tres semanas han transcurrido desde el acontecimiento que acabamos de señalar. Para volver á hallar á nuestros personajes, tenemos que ir al castillo de Tanlay, que ha recobrado su vida. Sin embargo, nos costaría trabajo reconocerlo. Ya no es el cortijo familiar, en que los ladridos de Maese Bel, el gran San Bernardo, y los juramentos de Fileas Jarnac, eran lo único que turbaba la calma de otros tiempos... No... Ahora es una mansión ruidosa, recorrida de las bodegas al granero, por una colmena de galantes aristócratas y de bellas damas con vistosos trajes. Estamos lejos de la corte, y, no obstante, todavía podríamos creernos en ella. Versalles no está ya en Versalles, sino en Tanlay. Cubiertos de honores por el rey, que ha querido reparar dignamente su lamentable error, Lespare y su hija han sido, durante algunos días, los héroes de las fiestas de la corte. Pero el corto ensayo que han tenido que hacer del favor real no puede hacerles olvidar su martirio, las tristezas sin número que fueron su consecuencia, y Luis de Lespare se ha despedido por siempre de la corte, para volver al lugar

testigo de su felicidad, y de la de su querida Constancia.

Al retirarse, no pudo menos de anunciar, para la próxima festividad de San Luis, la boda de su hija, Enriqueta de Lespare, con el vizconde Santiago de Courten, el esposo por ella elegido. Si la corte parece haberse trasladado á Borgoña, al castillo de Tanlay, es porque ha llegado ya el día de San Luis.

El rey, retenido por una indisposición de Madama de Pompadour, no ha podido moverse; pero ha designado al duque de Richelieu para firmar en su lugar el contrato. Mauricio de Sajonia, acudiendo desde el extremo de Flandes, ha venido en persona á aportar tan gran prueba de amistad al padre de la que lo hizo vencedor de Fontenoy. La víspera, acontecimiento notable, desembarcaron de una silla de viaje al vizconde y á la condesa de Courten-Málo. Él se ha privado de sus oficinas de Lorient, ella ha salido de su vieja granja del Scorff: Estos vetustos esposos causan la alegría de todos, porque parecen experimentar cómica sorpresa al oírse designar por el mismo apellido. Parecen no conocerse, y, en realidad, en el espacio de treinta años, se ven por segunda vez; la primera, fué para dar al mundo á su hijo; la segunda, para casarlo.

La misma mañana, en la pequeña iglesia de la aldea, se dió una doble bendición nupcial, á Santiago de Courten y á Enriqueta primero, y luego á sus amigos, Gisela de Gherlor y Julián de Brionne.

Ahora, en el fondo del parque, bajo la sombra que

horla el gran canal, tres mesas reunen, en torno de una suculenta comida, á las familias de los nuevos esposos y á sus invitados. Uno de nuestros personajes, y no el menos vivo, sirve de punto de unión entre las mesas: es Maese Bel. Satisfecho de ser tan fiel en el honor como en la desgracia, el buen can es acariciado por unos y colmado de golosinas por los otros; porque sus proezas cuando la inundación del Armançon y del incendio de la feria de San Germán, corrieron de boca en boca y lo convirtieron en el dulce compañero de los amos del castillo.

La primera mesa, la del dueño, está ocupada por los familiares de los recién casados, y por los principales invitados. La condesa Constancia está algo nerviosa. Se inclina al oído de su marido y le dice en voz baja:

— Enriqueta va á dejarnos otra vez; sus nuevos deberes la apartarán de nosotros; pero tú, tú no me dejarás más, ¿verdad, Luis?

— ¡Nunca! replicó el conde con energía. ¡No traigo más que crueles recuerdos de mi única excursión al país de las vanidades!

— Enriqueta, dijo por su parte el vizconde á su mujer: hace seis meses, vine aquí por primera vez, enviado como mensajero á su padre, y ¡diablos! ¡si entonces pensaba yo encontrar aquí la felicidad de mi vida!

— ¡Después de cuán penosas luchas, Santiago!

— ¡Usted se lo ha apropiado todo!.. ¡Me avergüenza no haber podido hacer nada para obtenerla!

— ¡Ya me tiene usted, que es lo principal!

— ¡No! Me atrista haber permanecido cruzado de brazos, mientras el alférez Enrique, la señorita de Flamberge y la princesa Ouvalia trabajaban por la rehabilitación del nombre de Lespare.

— Todavía le queda algo por hacer, Santiago.

— ¿Qué?

— Ser feliz, está bien; pero es aún mejor hacer la felicidad de los demás. Debemos asegurar la tranquilidad de ánimo de Pervencha, su hermanita, y la tendremos con nosotros, ¿verdad?

— ¡Diablos! ¡No seré yo quien me oponga!

En la mesa de la izquierda, la compañía de mosqueteros negros estaba en pleno y festejaba, copa en mano, lo que todos se obstinaban en llamar « las bodas del alférez Enrique. » Pero donde más barullo había, era en la mesa de la derecha. Allí, bajo la presidencia del Tolosano y del de Cevennes, estaban reunidas las gentes de menor importancia: los cuatro profesores de armas El Quite, Brizna de Amor, Pinchal-As y Fierabrás; Méjico el intendente, el tío Martinet, el señor Verda el suizo, Lancelot asistente del conde. En cuanto á las damas, las principales eran: Simona, la señorita de confianza; Marión, la cantinera; Perina y Justina Chaminade. Nada tiene de particular ver en una boda esbozarse otros enlaces... La locura es contagiosa, dicen los irónicos. Lo era particularmente en aquel momento; puesto que Simona, la buscadora de ideal, prometió por fin á Méjico confiarle su suerte, y que Justina se prometía en

matrimonio á León Martinet, alias Brizna de Amor, y que Chaminade, en voz baja, juraba á Marión darle la continuación de Perina, y reclamaba algunas privanzas á cambio de ese juramento. Jarnac era el más ocupado de todos aquellos amantes. Hacía, una tras otra, caricias á diferentes botellas colocadas al alcance de su mano y discurría interminablemente sobre sus pasadas hazañas. De pronto, lanzó un retumbante: « ¡Por los cuernos de Satán! » al mismo tiempo que, de un puñetazo en la mesa, hacía danzar todos los vasos.

— ¿Qué ocurre? preguntóle su compadre, arrancado á sus amores.

— Que ahora recuerdo que, al salir del baile del Louvre, pusimos á ese bueno de Pietri en la bodega.

— ¡Ya hace de eso tres semanas; el artículo debe de estar pasado!

— ¡Y además me acuerdo de que he debido dejar abierto el grifo del vino!..

— ¡En ese caso, ha debido de ahogarse!

— ¡Eso es lo que me apena! ¡Demonio!.. El vino me parece amargo cuando pienso que el muy miserable se habrá dejado morir en tan divino jugo!

Hubo risa general, y se bebió en honor de esa reflexión de Jarnac. Chaminade aprovechó para decirle:

— ¡Sobre todo, no digas una palabra de mi buena suerte á la hechicera Marión.

— ¿Otra más? gimió Fileas. ¡Ah! ¡qué fogoso!.. ¡Se dejará matar!..

FIN

Índice de Materias

CUARTA PARTE

LA MAESTRA DE ARMAS

I. — Evasión comprometida	5
II. — La última de Tortillard	18
III. — ¡Reunidos!	32
IV. — Jarnac y Chaminade	47
V. — La baronesita	60
VI. — Capricho de mujer	71
VII. — El águila de dos cabezas	88
VIII. — La visita del Rey	99

QUINTA PARTE

TRES HORAS EN EL INFIERNO

I. — Entrevista nocturna	113
II. — La cuestión del Campo Enlodado	121
III. — En donde la condesa Constanca recibe una cita	132
IV. — ¡Fuego!.. ¡Fuego!	147
V. — El hachón viviente	158
VI. — En donde Mandria forma y pierde su primera banda	173
VII. — El mar humano	183
VIII. — Las tiendas de piedra	196